

José María Maestre Maestre
Joaquín Pascual Barea
Luis Charlo Brea
(eds.)

HUMANISMO Y PERVIVENCIA DEL MUNDO CLÁSICO

HOMENAJE AL PROFESOR
ANTONIO FONTÁN

Separata



ALCAÑIZ – MADRID

2002

3010

BIG
60:292
GAN
nas



Más sobre el mito griego de *Océano* en la Literatura Canaria

Germán Santana Henríquez
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Este trabajo es continuación de otro anterior aparecido en el Homenaje al profesor Luis Gil¹ y continúa el repaso de la presencia del mito griego de Océano en la literatura canaria de la presente centuria justo allí donde lo habíamos dejado. La poesía canaria del siglo XX cuenta, además, con una voz femenina de gran realce, la de Josefina de la Torre (1907), mujer polifacética y emprendedora que en su libro *Poemas de la isla*² se inserta en una tradición insular que propone un lenguaje específico para una situación concreta e intransferible: la vida en la isla que debe ser expresada con un lenguaje propio, levemente distinto del de la tradición literaria peninsular. Un lenguaje periférico que propone una visión del mundo también excéntrica. Dentro de esta perspectiva, el Océano de Atlante se hará patente aunque no se nombre:

Tu nombre ya me lo han dicho
pero yo no te conozco,
ni te vi nunca la cara
ni sé el color de tus ojos.
Pero tu nombre ¡qué claro
lo voy diciendo en el fondo,
con sus siete letras firmes

¹ "El mito griego de *Océano* en la literatura canaria I", en José María Maestre Maestre, Joaquín Pascual Barea y Luis Charlo Brea (eds.), *Humanismo y pervivencia del Mundo Clásico. Homenaje al profesor Luis Gil*, Cádiz, Ayuntamiento de Alcañiz; Instituto de Estudios Turolenses; Universidad de Cádiz, 1997, vol. II.I, pp. 371-381.

² Josefina de la Torre, *Poemas de la isla*, ed. Lázaro Santana, Islas Canarias, Biblioteca Básica Canaria, 1989.

de tres sílabas, sonoro!
Enamorada ya estoy
aunque yo no te conozco,
ni te vi nunca la cara,
ni sé el color de tus ojos.
Tu nombre ya me lo han dicho
con siete letras en corro.
Mar redondo, desvelado,
sortija blanca,
novio enamorado.
Desde el balcón,
por la orilla, rizando
va mi canción.
Mar de siete colores,
curva salada,
cinturón de novia enamorada.
En mi ventana
se ha prendido el encaje
de la mañana.
Mar abierto, encandilado,
verde collar,
novio enamorado.
Desde el balcón,
por la orilla, rodando
mi corazón.

En la segunda década de nuestro siglo aparece un escritor incasillable, semimarginal, un extraño que sufre el mal de las islas (si te quedas, no trasciendes; si te vas, te borran de la nómina), Félix Casanova de Ayala (1915),³ el poeta gomero estomatólogo, independiente, cuyo rasgo poético más definitorio sea quizás el de la soledad. En su poema *Sala del mar* perteneciente a la obra *El visitante* vuelven a aparecer las resonancias míticas del legendario Océano a lo largo de los seis cantos de los que consta:

Éramos los primeros habitantes
y teníamos el Océano
enfrente de los ojos, rodeándonos,
marcándonos el límite justo de la Providencia
y reflejando la eternidad en su espejo.
Lo amábamos y temíamos.
Él parecía concitarse con las furias,
pero esto sucedía cuando pecábamos.
Era profundamente sabio y justiciero,
y después de rugirnos se aplacaba

³ Félix Casanova de Ayala, *Poesía*, ed. Félix Casanova de Ayala, Islas Canarias, Biblioteca Básica Canaria, 1988.

y volvía a ser espejo.
 Nada como él para mirar a Dios.
 Éramos los primero pobladores de su orilla ancestral,
 cuando otra fuerza nos impulsó a sus brazos...

(Canto I)

En la década de los cuarenta, Rafael Arozarena (1923)⁴ se integra en un grupo, el fetasiano, pródigo en reflexiones sobre el fenómeno literario, cultural y filosófico. Todo cuanto el autor descubre con la intuición, espontáneamente lo pasa a poema. Su obra se inclina siempre a mostrar un mundo en el que crecen breves botes de liviana magia, en el que oscilan los planos de lo cotidiano y lo mítico. En su libro *Silbato de tinta amarilla* se encuentra la pieza de amplio título *Llegada a la isla del Señor Dueño del Agua Graciosa*, del que extraemos los siguientes versos:

... Entre los árboles cuajados de pájaros amarillos
 alguien dejó olvidada la calavera de Argos
 tantos ojos vacíos al amor abiertos.
 El mar, el amor al mar
 enciende los hierros
 oxida las horas
 mientras los erectos pezones de Ameida
 son acariciados con rosas de China
 y los niños en la tarde cabalgan
 sobre el tigre que sueñan.
 Orilla de verdes labios el agua
 todo cuentas de vidrio como el cielo...

Como el mar, la vida se destruye para no morir nunca. A partir de esta sencilla, pero esencial y profundamente compleja reflexión, nacen los poemas de Luis Fera (1927).⁵ Escritor insular sin ningún género de dudas, asume la herencia lingüística desde su purísima condición dialectal, desde su entendimiento dialéctico y subversivo de los mecanismos expresivos de la lengua. El Océano tiene en él un prisma particular en su poema *El Mar*:

He venido hasta el mar; aquí he sumado
 tanto fracaso, tanta esperanza inútil
 al movimiento eterno, a su frente estrellada,
 a la de tantos niños que no han nacido nunca
 y en el fondo del agua esperan las palabras
 del levántate y anda de un inmortal que crea.
 Sobre los pies del agua descanso cuanto he sido.
 Le sumo mi tristeza, mi airado preguntar,

⁴ Rafael Arozarena, Caravane. *Poemas y prosas*, ed. Juan José Delgado, Islas Canarias, Biblioteca Básica Canaria, 1991.

⁵ Luis Fera, *No menor que el vacío*, ed. Jorge Rodríguez Padrón, Islas Canarias, Biblioteca Básica Canaria, 1988.

como un soldado solo que después de la guerra
 sobrevive y pregunta de qué valió la sangre
 y llora sobre el pecho enmudecido
 de cualquier muerto amigo que ya no te responde.
 He venido
 al mar que se destruye para no morir nunca.

El paisaje donde se mueve la mar de Manuel Padorno (1933)⁶ es cálido. El Oeste terráqueo no se sabe dónde va a dar. El mar se contempla desde algunos sitios con toda claridad. El hogar londinense contempla el mar acertadamente. Desde allí se ve mejor que en ningún sitio qué es la mar. El Mar. La mar negociada. El territorio de ultramar. Pero la orilla del mar trae consigo también algo distinto. El hombre comienza a sentirse agua. El hombre comienza a sentirse agua finalmente. Pensar en el mar, no solamente en su superficie, es un ejercicio tremendo. Trabajo como si fuera el mar, agua. Con estas sentencias el poeta inaugura la maquinaria del agua, una maquinaria que manifiesta toda una temática del mar, visible mayormente en los títulos de sus poemas: *Discípulos del mar*, *Pueblo junto al mar*, *Mi casa el mar*, *El mar cae en la orilla, desde arriba; el mar era vivir, la luz, el aire; El mar enfrente*, *Bochinche del agua*, *El naufrago*, *El manantial*, *A la orilla del mar y Oro marítimo*. De entre todos estos destacamos, a continuación, el poema *El Manantial*:

AGUA soy. De la mano el agua bebo
 el labio torneado por el agua,
 el agua dibujada, cuerpo de agua,
 la playa solitaria cada tarde.
 El agua. El agua pensativa, el agua
 caminante, el agua que se para
 en el atardecer del agua, franja
 del sol que cae profundamente; el agua
 soy: El agua pensativa entre las nubes,
 en el incendio de la lejanía, nube
 entre nubes, el agua que camina
 conforme con el agua, soy de agua.
 Entre las piedras. Yerba de agua, árbol
 del agua vegetal, en el silencio.
 La bajamar retira su cosecha
 del agua, el trigo el oleaje, prado
 verde del agua. La barca pastorea
 el agua, el cielo llameante mira
 el horizonte. El sol que cae, agua
 en el agua: el agua de la vida.
 La espuma presurosa, la flor
 entretejida, piedra extraña del agua,
 lugar del agua, sitio del sediento

⁶ Manuel Padorno, *El nómada sale*, ed. Juan Cruz Ruiz, Islas Canarias, Biblioteca Básica Canaria, 1990.

en donde habita el hombre de agua,
 la marejada que lo cubre, la gaviota
 perdida en el acantilado del agua,
 el mar que cae, el filo que se abre
 en la luz se derrama por el agua
 humana, el hombre líquido, de luz,
 el asombroso manantial de agua.

Por otra parte, el temperamento insular de Arturo Maccanti (1934)⁷ se sitúa en unas raíces grecolatinas que constituyen los muros sobre los que se alza nuestra arquitectura cultural. El concepto quesadiano del aislamiento para Maccanti se convierte en el exilio, lejanía dorada y confortadora; el exilio es, por definición, el estar fuera de alguna parte, y el ensimismamiento y la ajenidad que produce la insularidad pueden y deben explicarse así. Su poesía de candor voluptuoso es casi una erótica de la nostalgia, una historia del dolor, la ambición y el absurdo, un cancionero del ansia en medio del Océano Atlántico, marco referencial de su producción insular. El simbolismo de Maccanti dibuja el mar mediante tópicas connotaciones, especialmente aquella que tiene como motivo el paso a la otra vida, presente en el poema *Mar último*:

Después de tanta luz y tantos años
 por las orillas de estas islas
 que llamé por sus nombres familiares,
 y después de todos
 los ponientes y los amaneceres,
 los hijos y el amor, después de todos
 los amigos, los viajes
 de mi vida errabunda,
 mis palabras grabadas en las rocas
 desiertas, en los bosques,
 las aguas de la lluvia del invierno
 y aquellas otras de la primavera,
 después de tantas muertes,
 tantos sueños y tantas alegrías,
 resurrecciones y naufragios,
 después de la memoria de mis juegos
 y del olvido de mi adolescencia,
 un día cruzaré, a nado y solo,
 el largo mar, el solitario
 mar último ...

En *De esta piedra oceánica* advertimos igualmente la fusión entre el Atlántico y el poeta:

Tu sólo y siempre el fuerte y fiel, mar mío,
 padre azul de la tierra ...

⁷ Arturo Maccanti, *El eco de un eco de un eco del resplandor*, ed. Alfonso O'Shanahan, Islas Canarias, Biblioteca Básica Canaria, 1989.

De la niñez remota,
yo, buceador, recobro
tu inmutable justicia,
tu luz y tu hermosura.
Alcanzo ahora,
cuando derivo a la región inhóspita
de la vida, el sentido
de tu presencia en ella,
de tu sabiduría en mí, minúsculo
poblador como he sido
de esta piedra oceánica.
No podré entre mis manos
de arcilla y de deseos,
llevarme ni una sola de tus aguas,
las arenas perdidas de tus fondos,
ni el trueno de tu música,
pero en mis ojos nunca viejos,
tú incólume y erguido te eternizas,
entre todas mis ruinas,
entre todas mis muertes ...

La poesía de Justo Jorge Padrón (1943)⁸ representa una cosmogonía del hombre del siglo XX, puesto en la cima de esta desenfrenada carrera de la autodestrucción, extendida ahora a toda la raza humana, al universo entero, alcanzando con ello un sentido épico, pero sin dejar de pertenecer al mundo interior del poeta, y, por lo tanto, quedando dentro de la esfera de lo lírico. El caos en el que nos sume el poeta hace que flote sobre las aguas primigenias el espíritu hecho verbo, palabra, como en el Génesis. El mar va en busca del poeta como se alegoriza en el bello poema *El visitante* que “de sus redes sacó un mar diminuto y la casa se inundó bajo la audacia añil de sus relámpagos”. Como el mismo autor dice “El mar es como un viejo camarada de infancia a quien estoy unido con un salvaje amor”.

Y es el mar, otra vez como el poeta del Atlántico, el comienzo que surge del inalterable Océano que ha de despertar al mundo:

En la noche grandiosa del océano
el oleaje canta vigoroso en el aire
hasta un ebrio horizonte de fogatas y estrellas.

En *Los Dones de la Tierra*, Justo Jorge vuelve al principio teogónico de la filosofía griega, al pensamiento de Tales de Mileto, cuya idea la resume Aristóteles diciendo: “El origen primitivo, la materia de todas las cosas, es el agua, lo líquido, lo húmedo”. No deja de ser significativo que el poeta clausure su canto a la creación con la teoría más actual, que pone en las aguas el nacimiento de

⁸ Justo Jorge Padrón, *Antología Poética*, ed. Sebastián de la Nuez Caballero, Islas Canarias, Biblioteca Básica Canaria, 1988.

la vida animada. Por eso así se imagina el río, las aguas estancadas, donde bulle la vida:

Aguas casi dormidas, densas, azules de oro,
de su borbotar embelesado
expanden sortilegios ancestrales.

Pero el agua de este poema se levanta deslumbrada pues es alegría y libertad:

Todo lo anega el agua, el agua libre,
el agua agreste, pura, centelleante, indómita.

El mar y su escritura presenta esta otra reveladora imagen:

El poeta es el mar frente a la nada,
frente a la nada del papel escribe

y aparte de la nueva representación simbólica del mar, que vienen a añadirse a las de Morales, Alonso, Saulo o García Cabrera, surge, junto a la escritura del papel, el mar de la creación poética

como una rosa verde de agua y fuego
los más bellos secretos en nuestras manos ávidas.

Como señala Manuel Alvar en su comentario al poemario *Visita del mar* "este hombre nuestro ha salido de sus islas y ha viajado a las brumas hiperbólicas, pero vuelve al Monte Lentiscal y el agua en movimiento es el símbolo de su resurgir y de su hacerse".

Quede como paradigma su poema *El Mar* que, seguidamente, reproducimos:

Verde cuerpo magnético de oscuridad y abismo,
con los altos caballos de la espuma
lanza su poderío de acosante misterio
por la noche y los días de la Tierra.
A veces duerme y se remansa en playas
como si recobrase en su abandono
un viejo sueño de almas y corales,
cielo de ebrias estrellas y remotas historias
de navíos y mitos hundidos en su fondo.
Salvajemente nuestro oído alcanza
con un fragor que ya no olvidaremos.
Acaso un dios o un monstruo que despierta.
No se detiene nunca porque su alma
es la inquietud sin fin y el movimiento.
Y bulle y brama y brilla para siempre
en la ardiente hermosura indestructible.

Para terminar este breve recorrido por la literatura canaria nos detendremos en la poesía de Eugenio Padorno (1943), autor que confiesa que los suyos serán “poemas densos (...) entiéndalos quien los quiera, porque no se puede entrar en la poesía a cuatro patas”; poemas voluntariamente complejos, porque la pretensión del poeta es oponerse al lenguaje heredado, de modo que su instrumento se halle siempre en disposición de dar un paso más. La imagen del Titán Océano en su poesía insular supone un ensayo de creación: la imagen que nos devolvía el espejo atlántico en el que forzosamente debíamos contemplarnos. El poeta se arriesga en un viaje iniciático –como el que, desde su mirada adolescente, envidiara al héroe homérico– que comienza en el contacto sensual con las *formas precisas* de la realidad, porque observa con especial interés cómo el sustrato mítico que alienta la obra de Cavafis y Quasimodo guardaba cierto paralelismo con el sustrato de impenetrabilidad de nuestra historia zarandeada por los estímulos de diversas culturas. Su poesía sostiene un diálogo inquietante con su condición de insular y con el lenguaje que ha de dar testimonio de ella. Escribir es, según Padorno, echar el fundamento sobre el que tenemos que pisar para avanzar a ciegas. En la obra *Diálogo del poeta y su mar* (1992),⁹ escrita a la manera platónica, Padorno nos sumerge a través del sueño en una conversación entre el poeta y el mar Atlántico, charla filosófica que deja entrever la unión entre el creador y su creación imaginada:

P.- ... Soy, pues, poeta en estado puro, sin planes que al resto pudieran concernir, y que, a lo sumo, admite que se limita a duplicar en sus labios, mar, tus puras fantasmagorías fonéticas... Compartimos la ahistoricidad, y este sueño.

M.- No hay cosa, por grande que sea, que el hombre no reduzca a la medida de su entendimiento. Tú mismo no me concedes ser quien soy.

La vieja imagen del agua en movimiento constante también la hace suya Padorno cuando pone en boca del mar:

M.- ... ¿Qué doy si no es la neta imagen de mi movimiento ...? Una lección de monotonía para espíritus en exceso volubles ...

M.- Has querido que sea tu mar, la saleada concha de Las Canteras, un acuario entre el perfil de esas montañas calcinadas sobre las que levitan inmóviles celajes.

Finalmente, el poeta se ve inmerso en la realidad que imagina y que todo lo embarga, en el difícil arte del lenguaje y su expresión, en la inconmensurabilidad del Océano que le arropa en su devenir:

P.- ... Pero tu me deslumbras y paralizas en medio de la reflexión; me has obligado a desasentar las grandes piezas de la sintaxis y a recomponer las juntas de un significar sólo captable en el giro pasmoso de la transubstanciación de Sentido y Destino.